

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 2, 7-9; 3, 1-7): *Creación y pecado de los primeros padres.*

Salmo (50, 3-4.5-6ab.12-13.14 y 17) «*Misericordia, Señor, hemos pecado*»

2ª lectura (Romanos 5, 12-19): *Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.*

Evangelio (Mateo 4, 1-11): *Jesús ayuna cuarenta días y es tentado.*

Nuestro período de reflexión comienza con unas lecturas bíblicas que tratan de situarnos ante los interrogantes que nos dejó el Miércoles de Ceniza, tan profundos y grandes: ¿Ceniza, polvo, barro, lodo...? ¿Solo eso somos? Mirando la Historia a través de Caín o de sus padres Adán y Eva, pensaremos una cosa, más si los miramos a través de Jesús de Nazaret, tendremos una puerta abierta a la esperanza, como Pablo.

Eso es la Biblia. Una gran pregunta a nuestra vida y nuestra condición hecha desde historias concretas que son una gran visión de nuestra propia historia personal y comunitaria. Historias reales y ficticias, todas ellas contadas con el propósito de hacernos pensar y dirigir nuestro horizonte hacia la esperanza. Muy distinto el fondo de otras historias fascinantes, pero fantásticas, que otras culturas, impregnadas de pesimismo y fatalismo, contaban en sus mitos, leyendas o cuentos, dominados por un sentido victimista e impotente que no ve futuro para una Humanidad atrapada en su propia historia tantas veces triste y cruel.

La Biblia quiere responder a un hecho que acucia al hombre en lo más profundo de su ser: el mal. No existe un principio del mal con poder equivalente al del Dios creador, por tanto, el mal no está en el origen de las cosas a menos que el hombre se aparte del designio que Dios trazó al comienzo de todo.

La tentación del hombre es acusar a Dios de que no nos brinda seguridad frente a las tentaciones. Poner a prueba a Dios es la tentación constante del hombre; algo así como si un Dios que no contara con el beneplácito y aprobación del hombre no sería un buen Dios. Así nos describe la Biblia al primer hombre, Adán, de quien procede la humanidad entera. Frente a esta actitud de Adán y por supuesto antes de ella está la acción artesana de Dios que da vida al hombre infundiéndole su espíritu. La vida entera del hombre está relacionada con el espíritu de Dios.

Buscando la explicación de este hecho que experimenta el hombre, el autor sagrado reflexiona sobre la historia del pueblo elegido y descubre que en esa historia el pueblo (el hombre) trasladado por el desierto a una tierra buena y fértil, deberá cumplir lo estipulado por Dios; si lo cumple será feliz; en caso contrario será expulsado de la tierra. Este es el esquema de la Alianza que subyace en el relato de la creación, que explica el origen del mal como un acto libre de desobediencia a Dios.

Al romper esta alianza el hombre queda sin el favor de Dios, expuesto a las dificultades del desierto; sólo, sin Dios, el hombre no va más allá de la muerte, que es, como nos enseña Pablo, consecuencia del pecado. Diríamos que el hombre no superó la prueba, sucumbió a la tentación. Fue creado a imagen y semejanza de Dios y quiso ser igual a él; no agradeció el don y exigió lo que no le correspondía y así por falta de responsabilidad el hombre se hizo sordo a Dios. Pero Dios no está sometido a la prueba, su designio es eterno e inmutable y por eso continúa brindando al hombre una nueva oportunidad para que acepte la vida que Dios le regala. El hombre por el mismo designio de Dios, es libre y a él le toca decidir en esa prueba permanente, a la que está sometido; él tiene que responder, aceptar o rechazar, el don de Dios.

Con Dios la vida es, históricamente, la misma que la de otros que no lo incluyen en las alforjas del caminar. Anímicamente, sin embargo, cambia por completo. Confiar en alguien y creer que camina con nosotros da, al peregrino de la vida, la misma fuerza y ánimo que a quien hace el Camino de Santiago solo o acompañado. Si, además, esa compañía es Alguien como Jesús de Nazaret con sus rasgos personales de compañerismo y sensibilidad y con su mensaje de perdón y salvación gratuitos que Dios nos regalará, la Historia se convierte en tarea por arreglar nuestra convivencia y en esperanza alegre del final feliz.

Para eso, conviene tener criterios fundamentales claros: Que Dios es lo más importante para el ser humano. Que la religión no es un instrumento para conseguir cosas, sino para vivir mejor. Y que la Historia no camina porque los poderosos la hagan moverse, sino por la tenacidad de los sencillos y solidarios que son quienes la humanizan. Pero el camino está amenazado por la tentación de lo fácil, del pesimismo. Y el creyente tiene que sobreponerse a él.

No vale culpar a Dios de mi falta de decisión; eso equivale a tentar a Dios. Frente a la desobediencia y rebelión del viejo Adán, Cristo enseña al hombre nuevo (al cristiano) a obedecer hasta la muerte; Jesús escucha, sin poner a prueba, la voluntad del Padre y la acepta sin caer en la tentación de hacer valer su condición divina para escapar de la muerte. Una de las características principales de la tentación es el engaño que encierra; por eso la mejor solución para no sucumbir es el conocimiento y amor de la verdad. Jesús vence a Satanás en su triple tentación.

El diablo propone a Jesús una lectura engañosa de la Palabra de Dios: «*Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan*». ¿Por qué aceptar la debilidad de su ser humano, tener hambre, teniendo la fuerza de Dios? «*Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: encargará a los ángeles que cuiden de ti*». El diablo propone a Jesús que disponga de Dios a su antojo. «*Todo esto te daré si te postras y me adoras*». Pero Jesús no acepta otro Señor que no sea Dios.

Estas propuestas y tentaciones son de ayer y hoy, siempre seductoras y engañosas.